

ENCIERRO Y DIVAGACIÓN
EN TRES ESPACIOS Y UN
A N E X O

ENCIERRO Y DIVAGACIÓN
EN TRES ESPACIOS Y UN
A N E X O

MAURICE ECHEVERRÍA

Edición al cuidado de Julio Serrano
Echeverría y Alexis Gómez
©2000 Maurice Echeverría
©2007 Editorial Libros Mínimos

www.librosminimos.org

Queda prohibida la reproducción de este libro con fines comerciales. Esta obra está protegida por la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos de Guatemala (Decreto No. 33-98) y bajo una licencia de Creative Commons



Índice

Urbe.....	5
Cuarto.....	19
Bar.....	37
Anexo.....	54

Urbe



No: los otros no son mejores
el niño atrofiado
en el sentido de que no están conscientes los odia
sus formas de deterioro los odia a todos
de irrumpir en la realidad están allí, cicatrizados
nada saben, y su más grande inercia oh indigestos
consiste en lamer hospitales
histéricos de hueso
esqueletos deflagrados por las calles hambrientas

El comportamiento humano en sociedad
el niño ha optado
por hacer de sí otra cosa
y hoy responde a una especie de rapto sepultarlos
a todos
es el rapto de la lucidez
hacerlos humanos en la muerte
en ese enrarecimiento que es la muerte
devolverlos a una piel
negra y humana la mucosidad del silencio

I

Antes caminaba mucho, horas, mundos,
pero no formaba parte nunca de mi contexto,
no podía sentir lo que me rodeaba.

Hoy, en cambio, *soy el huésped más perfecto*,
y camino en medio de esta catástrofe de rumores,
y puedo entender al fin esta vieja y vasta iglesia
de llantos amarillos, de suelos amarillos
y negros niños y alfileres.

Antes, sí, la cosa era distinta,
pues todo lo llenaba yo con mi curiosidad,
con mi recorrido como un pedazo de muerte,
brillante y total.

Antes me sobreponía a las cosas. Era egoísta con ellas.

II

Hoy:
he aprendido la lección,
he abierto los ojos.

III

Es en verdad fascinante:
¿cuántos nervios tácitos,

cuántas tribus de venas buscan su sitio
en la nada que espera como una dama
que se ha contagiado de muerte y de severidad?
Profundizo en la biología de lo irreparable.

IV

Qué tremenda la diferencia
entre el asfalto crispado y la nitidez del neón.

Un gato incierto pronuncia
el nombre y los nombres.
Camino poseo por el reloj, por las abreviaturas.

¿En dónde están los ojos de las personas?
¿En dónde?
A lo mejor es tarde
y mi sangre tiene algo de lengua electrocutada,
de mudo escandalizado por su miedo,
por sus uñas, por su grito imprevisto.

La espuma corroe.
La espuma es mar de hormigas muertas.
La espuma es buena sólo en apariencia.

Yo soy eso que se suicida en las esquinas.
Es cierto. Yo soy eso que se corta
con las orillas de su tiempo,
con el grito de las miradas,
de las escaleras,
de los insignes idiotas,
de los susurros anónimos.

Algo se parece al silencio. Algo o todo.
Aquí, en la ciudad, en esta ciudad
hecha de dientes mudos y gastados,
no es difícil discernir otra provincia de la noche,
otro minuto de la fábula que ya nadie
recuerda del todo, que ya los niños envidian.

¿Qué es lo que esconde la sangre
que se ha secado y no dice nada y está quieta?

Eso que camina con mirada dormida,
eso que se suicida en las esquinas soy yo
o algo parecido a mí: mi fiebre.

Sin ruido, pura de silencio,
una sombra se mira y se gasta.

Un romance retro

A lo lejos,
los espantapájaros distantes
se hunden en su gloria.

Escuchar la máquina contestadora,
descubrir que nadie llamó
a tiempo.

Esperan,
hacen turnos,
las criaturas.
Se excusan,
no saben por qué.

Promueven sonrisas frías,
silban canciones
de décadas irreconocibles.

A SP

Un perro:
del vientre directo
un perro prohibido,
un perro de angustia lenta
ladrando sin palabras,
sin sonido dejándonos sordos,
un perro que da miedo, y el miedo que da
es un miedo a la hierba, los libros, las fechas,
miedo a la tinta, al pan, al sexo,
al día, tan desnudo, miedo siempre
en la calle orinando.

Un perro es el perro que guía,
por ese camino de pájaros rotos
llevándonos hasta el duelo más puro,
a los pies de la muda campana, la ciudad,
hoy sin música, la ciudad,
hoy ventana a lo negro, la ciudad,
hoy sobre un párpado, la ciudad.

Corren los niños sin saber a dónde,
traspasan cincuenta muros,
cómo se arrancan el pelo,
espuma negra les nace de la boca,

maurice echeverría

y con ojos lívidos miran al perro,
y el perro, tristemente, los mira a ellos de vuelta.

(Hemos llegado tarde y lo negro es una ráfaga de
dientes en el frío.)

Apropiaciones de la urbe (I)

I

He visto a los pequeños demonios,
he visto las innumerables pieles de lo sucio,
cuando el rostro es ya el rostro de todos los días,
el rostro de nadie, he visto un traje de humo,
una sonrisa perfectamente tuberculosa,
un huésped ávido de basureros.
Sí, conozco el hecho fundamental:
las campanas saben algo,
algo verde y final las mantiene calladas, nocturnas,
como tremendas frutas extorsionadas,
como los siglos pacientes y mordidos
por la desesperación extraña, extraña.

II

Me acerco entonces a los mercados del hombre,
y voy sintiendo el humo y la avidez,
y voy sintiendo cómo la urbe es a menudo una
pregunta triste,
una acera larga y quejumbrosa y una mujer.

III

Individuos tristes y mínimos de la ciudad.

IV

La ciudad, a esta hora, es como el puerto de la nada:
el último hígado de lo desabrido,
el hígado más manoseado.

V

Es todo tan hermoso: las luces en las azoteas,
los cigarros que se hacen grandes y pequeños,
los niños obesos: llenos de tos, se rompen.

VI

Respiro y me doy cuenta que soy un hombre
que surge de sus propios pulmones venerados;
soy un hombre que ama y muere aquí;
soy un insecto que se pudre
en algún minuto de esta esquina.

VII

Cuántas sogas heridas de dar muerte,
de nadar rojas y blandas en un crimen urbano.

Tengo algo en la mano,
algo frío y caliente.

La urbe se ha ensuciado con mi fascinación, talvez.

Talvez gastada por mi fascinación ha dejado de
hablarme.

Talvez me habla.

Apropiaciones de la urbe (II)

optar siempre por los discretos
por los beatos por los asesinos
rejuntar cruces
como vértebras
escupir

que los otros me miren y digan
allí va el divorciado

soy el huésped de este cuerpo de oficinas
ciego en tí, ciudad, camino
hasta tus orillas vomitadas

anteojos se caen rompen
en la estructura de esta lluvia

del otro lado un niño vende flores
hemorrágicas

ciudad niña se dividen en tí los espejos
tan vertical es la calle que caemos
inevitables al pecado del polvo

ese miedo que me nace
de los blancos tejidos

cuando los veo cómo se agarran
a los párpados blandos de la noche

todo náusea
todo luz invertebrada
todo derribado aquí
mientras los obreros cantan
su saliva es negra

Nil admirari

Yo vivo para el crimen,
pero para el crimen de cada día,
el crimen sin porvenir.

Es por eso que paso
y camino por esta ciudad tercermundista,
sin tenues poetas en las esquinas,
quizá ni siquiera es una ciudad,
quizá es sólo la foscilización de un espacio.

Es muy fácil matar aquí
por ésas y otras razones,
matar a porteros,
zapateros, tapiceros, mendigos.

Y muy fácil cercenar las ubres viejas
de esta capital asquerosa,
y sentarse a reír hasta que caigan los dientes.

La ciudad se ofrece para dos cosas:
la zootecnia, por un lado,
y por el otro el crimen inútil,
el crimen tedioso y perpetuado,
debutando sin gala esta noche,
como ya lo hiciera ayer, otra vez más.

Cuarto



Aquí estás, aquí como una conjuración,
aquí como una sangre absorta,
con eso en la mano, con un corazón verde
o negro talvez,
con algo que te hace débil y te destruye
como una confidencia o un lento licor final.

Aquí estás como una cicatriz, aquí,
con algo de desterrado, de dividido,
con una cicatriz que cae al suelo
y se quiebra en mil heridas inéditas.

En esta habitación te escucho, te veo no verte,
aquí te extraño, y debajo de la orilla,
de esta orilla que nos separa
te espero y te he esperado
como lo haría un niño sin rostro,
y soy y habito esa fractura que ni siquiera es tuya,
que se pudre después,
en otra sorda residencia y en otro destierro.

Pero los musgos se cansan.

Es risa, es la risa, es la espuma.
Risa ante los que hoy decidieron rasurarse
y recomenzar, pero en algún lugar del mundo
una mujer histérica descuelga el teléfono
para decir algo doloroso en la oreja del hombre
inédito.

Y rebelarse a nadie convence.

Y de nada sirve exhibir un odio,
volverse una persona interesante,
un exquisito, un santo, un muerto.

Los héroes cansados
se han cansado de ser héroes.
Se dedican en jornadas monumentales
a ordenar las cocinas, las habitaciones,
las salas lentas del mundo,
para luego caer rendidos,
y descubrir al siguiente día
lo roto en verdad.

O se van desbriznando
ante los televisores constantes.
O muerden panes de tabaco.

Hemos vomitado como en las películas de junkies.

O ya no saben hacer metáforas
de mujeres vulgarmente
maquilladas.

Pavese termina la última línea de su diario.

Me ha crecido una oreja monumental
soy el defecante y el glorioso
y desde habitaciones con paredes de lluvia
puedo dar el mejor blues
sacrificarlo en una íntima alucinación
hoy es sencillamente domingo
hoy ha terminado el mundo
hoy dios se ha echado a morir
como un dios sin destino
como lo más metafórico del borde llueve
la televisión se borra cada vez
en imágenes sin conflicto

aquí empieza el kindergarten de los obreros
y descansan:
han fornicado mucho
sueñan vomitados
son hermosos
sus manos labriegas como murciélagos que fuman

el cuarto mi vientre mi matriz
el reducto narcisista para exudar los alcoholes
lo pesadillesco y lo hebdomadario

¿me estaré ahogando
o sólo es que estoy sintiendo algo muy raro

cuando veo a dios allí concebido
con una jeringa de muerte en la mano?

la lluvia causa un pandemónium de preguntas
no me he sentido muy bien últimamente
debe ser cierto entonces lo que dicen:
hoy: todo tan depresivo
el quebrantamiento está en cualquier lado
en todos los cuartos
en todos los muertos
tan dormidos
tengo –lo bueno– esta habitación
puedo jugar con mis dientes por un rato más
rasguñarme los huesos con alguna cierta soledad
y a estas alturas qué más puede pedir un hombre
sino eso sedicioso: no hacer nada

soy el defecante y el glorioso
mañana es lunes
mañana a lo mejor me corto la oreja

yo
lo que busca su lugar
lejos de lo anticipado de lo fijo y lo terrible
yo lo temeroso grito y muerdo
algo viejo y tibio
algo ya improbable
la fiebre es abajo allí duele
la fiebre o el tiempo: es igual
la fiebre que empieza seriamente a parecerse a la
sangre
la fiebre esa delicadeza
esa cuestión de cristal
que nos quema la paciencia
la fiebre ese continente de asco esa costra

caemos amarillamente a la fiebre
sin ganas
y después cuesta levantarse y entender
las bifurcaciones las esquinas
las calles de esa alcoba de muerte
las sábanas minuciosas que cubren lo viejo

Parece

Llevan horas, días,
constelaciones:
se abrazan.

Se despiden, una y otra vez.
Ella, palpitante,
ciega de llanto;
él, callado, fumando.

Y se despiden eternamente,
y parece como si en la mitad
del cuarto han vivido
toda la vida, felices.

Hay cabellos lentos
que vienen de cuartos lejanos.
Herido de muerte,
voy diciendo cosas rojas,
mientras escucho la música
que sale del muro.
Podría levantarme
y mirar por la ventana
los lanzallamas
cuando echan fuego
a mis congéneres pobres.
Podría talvez reír,
hasta que tiemblen las ratas.
Es una idea.

Deja encendida la luz, quiero mirarte.
Quiero no estar seguro de mis cegueras,
que ardan las esquinas de esta cama constante.

Porque demasiado sabemos de las cosas tristes
y de las cosas mudas, y demasiado
de los ojos, los apenas-ojos
de los cadáveres rosados.

Hoy prefiero dejar encendida la luz.
Oigamos el rumor de la ventana.

Nos advierten las cosas y nos descubren
y son tibias las cosas. Y soñamos con lo mudo,
y lo inquietante somos nosotros.

Algas, ontologías, esa saliva que viene del fondo de tí,
ese licor que resiste desde tu invierno,
desde lo callado, todo me reúne y se asombra.

Somos los tremendos pequeños seres del mundo,
que juegan en el fondo de cierta herida mutua y negra
como fiebre obscurecida.

Somos la poesía,
y como nosotros demoler
los párpados de lo gris nadie sabe.

Homúnculo

Un hombre es siempre otro hombre.
Una mujer es siempre otra mujer.

Y los cuatro se combinan
de un modo venático, imprevisible.

Es un juego triste y cansado,
y a veces hermoso y alegre,
y a veces confuso.

Sabemos a ciencia cierta
que uno de ellos está ahora mismo
en un cuarto gris.

De él nace una criatura
convulsiva, fría, irremisible
(muchas han nacido antes)
y ahora ya somos cinco.

A T

Apenas te veo,
o un poco antes de verte,
en lo más mínimo,
en lo invisible,
presiento la muerte
que nos acecha.

Pero nos salvamos, amorosos, de lo negro.

Nos salvamos de esa penumbra de teatros
que otros llaman mundo
y nosotros llamamos cosa, disparidad, tontería.

De sol, de grito puro es tu cuerpo,
mapa de lunares.
Hoy arranco una hoja de tu piel
asombrada
y escribo en ella
una lluvia,
y te veo hoy y quiero borrar el mundo
para quedarme contigo
y entender que el mundo eres tú,
que todo está en tu boca,
todo en tu madrugada de amor
y lentos oráculos.

A YH

Gritos negros, gritan juntos.

Ya no sirven, ni bastan,
los juegos de siempre:
hojalatas, musgos,
orejas cosidas y cortadas de nuevo.

Boston abierto, Boston de hormigas
y mieles rojas y negras,
Boston y yo en Boston, sola.

Tosen los muros;
¿es que nadie los escucha?

(Y lejos, la Madre.
Y bien sabemos que lejos espera la Madre.
Y bien lo sabemos.)

Cuántas albas al suelo,
al vientre amarradas, como perras finales.

Una blanda verdad,
una verdad ya sin sitio susurra apenas.

maurice echeverría

Ya entiendo: es aquí en donde nacen
los dientes oscuros, las puertas asesinadas.
He llegado a mi primera condena.

paraíso de moscas
vestigio de luz que viste
a los desdichados
ciegos de la tos
me dedico a patear madrugadas
a verificar equívocos necesarios
masturbar taxonomías
vidrio soy vidrio infecto
sumergido en mi propia carne innominada

Cómo cuánto no sería desagradable
ahorcar a alguien con el cable del teléfono
de todos modos nadie llama
de todos modos todos llaman
de todos modos
la lengua de los cielos pascalianos
moja el cuello del cigarro libidinosamente
y yo pienso en dormir
en esa maravillosa forma de atropellar puertas
que es dormir
en esos querubines masturbados que veo cuando
duermo

Me siento raro extraño me siento
como un lapso de locura entre dos espejos
es cuando la realidad

maurice echeverría

y el hábito de vivir
los días descalzos
los arduos pezones de la nada
se hinchan los pezones de la nada
y fabricar libros y arañas es lo que queda
un mundo de cosas y cartílagos
el ruido asesinado de mis anteojos
esas cosas que nadie conoce de mí

Bar



Bar (I)

Lo vago, lo anónimo.

Lo equívoco.

Algo falta: una información, un dato,
la seguridad siquiera de que las paredes existen.

Este rumor de estatuas es lo que duele
y lo que duele es el polvo,
lo que duele es esa playa de sillas que muere
en el fondo, atrás.

No alcanzo a discernir esa persona
deambulando entre filamentos
y rememoraciones.

¿Qué es esto? Apenas otra luz inaudible,
otra pausa de pájaros,
otra forma de no conciliar,
otro acróbata sin cenicero,
otra sabiduría rota que envidia lo rosado de algo.

Rodeado de una pálida respiración, sumergido
en el centro de mis multiplicaciones,

en el fondo entero de la noche,
un pedazo de alcohol
me mantiene
en vilo.

Exageradas intenciones
se reproducen hasta alcanzar
un número blanco y vago.

Los gestos se desordenan. Las palabras se odian.
Y el aire muere y renace y brilla o mata
como un frío compuesto de conjuraciones obvias.
Es la existencia en su forma pura, directa.
Soy yo.

Nada se derrocha correctamente,
una ciudad se quema sin dirección en este vaso.

Mí nombre avanza
con algo de mano ahogada, de puño,
de vientre envenenado,
hacia su espacio definitivo.
Soy ahora como una cita falsa y muerta
que habrá de conducirme al suelo,
a cierta arboleda de humos y pastillas.
Pero necesito extraer del vidrio una droga más
profunda.

A MM

Y el ruido,
con sus dientes borrachos.

Inhalar espumas, romper alas,
atropellar larvas y verdades.

Otra noche más,
otra estructura de venas ambiguas,
otro recinto propicio de mutilaciones.

Has visto ese lapso de burla
que hace a los hombres
y endurece a los perros.

Rostros sucios, condenas idénticas.
Esa vieja bruja verde que perdura dentro.

Después de pensar en las justas niñas
que habrán de venir y se fueron,
ya no quieres creer en las elegías sumergidas:
has visto todas las lluvias, todos los grillos,
las vindicaciones, los oprobios.

Viudo perfecto, viudo sin traje:
esa angustia, ese pesar estúpido es la luna
escupiendo hongos en la urbe.

Aburridos entre labios negros, entre ridículas burlas,
alquimias fatigadas, y entre inaniciones,
seres mortales soportan bares y calumnias,
larvas negras de miedo y de leche fornican,
sobre diatribas de muerte.

No llegarán los padres ausentes a sacudir el árbol de
tedio.

Doloroso, razonable, despreciado,
tendrás cerveza en tu vaso
epiléptico y joven.

Y beberás hambriento tu sangre sedienta.

Después de las guitarras mutiladas,
contra esa orilla de calladas adicciones,
hoy, hoy en lo húmedo,
hoy coloco los pedazos
de una fe azotada,
y espero y creo dudoso
en alguna égida de espumas
y credos insuficientes
y estructuras
y monarquías muy rotas.

Casi con sabiduría, casi cáncer,
casi con la serenidad deshauciada de un fracaso,
avanzo a la curva del vaso,
a la cicatriz impar
de mis noches cíclicas y quemadas.
Es un mecanismo de miedo,
es un libro malo.
Las lentas quijadas de lo quieto
dibujan mi destino, me trituran antes,
desde las botellas blandas y los saludos,
desde las multitudes, desde ciegos ojos arrasados.

Anorexia, vida
de las voces vomitadas, ironía,
pulpo de los designios resignados,
poesía para quebrados principiantes.
He visto la arboleda, los hilos verdes
de mi frustración he visto.
Recorro los gestos, las manos necesarias,
hoy, desde las prosas cansadas,
recorro esquizoide ese calamar abstracto,
esa nube de meseros gesticulando,
esa luz y sus dientes...

Perduro entre otras lamentaciones.

Cuerpo

Compruebo apodíctico la evidencia
del hueso
atónito
Aquí soy, aquí entiendo el rasgo roto
el rostro perpetrado
la luz tardía, la tardía luz
de este templo
de deformadas deidades
tejidos y

Escupir dedos

catalepsia

Pálidos se muestran los bordes
líquidos: es el
panteísmo de algún licor,
la substancia sola
de la embriaguez desnuda.

Llueve. Crispadas las uñas se pudren
en los bares necesarios.

Bar (II)

Es esa frontera, eso insalvable
en los pliegues,
en las cavernas,
en los sitios extenuados
de la sola nostalgia.
Hoy es la cansada carne y su fisura,
la proporción hechizada de la noche,
la abundancia negra de mis dientes.
Cansado de robarle las uñas a la nada,
veo las manzanas rotas,
veo lo blanco y lo negro,
veo quieto otra minuto amarillo.
Ya lo demás es una gaseosa
de significantes,
una imprecisión
que se derrumba antes,
a la hora tremenda del hielo.
Yo, penumbra pobre,
aliento de sinuosidades,
compruebo el gemido,
el veneno estruendoso
de mi dicha de vidrio.
Caballos rojos golpean
el cuerpo del bar,

la substancia quizá de este delirio.
Hoy un perro negro me aguarda
a la salida del suelo,
y los recipientes de luna
ya vienen heridos, ya lastimadas
las conchas negras de alcohol aproximado.
Compruebo mi bautizado dolor
de pies innumerables.
No quiero excavar más
en el fango de esa foto,
en la encía de los meseros pornográficos,
en otro bigote de baladas vomitadas.
Me gustaría mostrar mi piedra,
hoy parda piedra aprisionada
en la clara garganta del vaso.
Pero esta luz inaudible
de besos pisoteados
obscurece el sentido de esta noche,
su definición verdadera,
mientras sin duda alguien tose,
atrás tose otro estremecido,
y otro niño lento escoge su muerte.

Yo, aquí

Yo,
aquí,
entre las torturadas guitarras,
entre otros ciegos convocados,
ciegos
vecinos de los vasos
constantes,
pobres locos amarillos
que aturden la noche
elemental.

Qué sitio de mudos muros
y de muerte decorada.

Qué desierto de niños con asco
y ecos.

Qué tren de luces heridas,
qué perra pronunciación
de los bordes.

Qué ruido.

AJE

A veces, en estos lugares,
se me ocurre pensar
en todas las noches
que pudieron ser días.

A veces me dan ganas
de tomar el teléfono, y llamar.

Pero hoy tampoco llegaré al teléfono.

Otra vez, me quedaré viendo los insectos
atrapados en el hielo.

Bar (III)

Musgo lento
en los dientes

ojos sucios

otro entra

los hombres y sus arañas
imprecisas, los hombres
y sus intrincados barrancos adentro,
o simples, simples abismos claros
con forma de vaso

no comunicante

bordes vitales del alcohol
un ala y su estructura de gusano
los de entonces, nosotros,
los aquí desiguales,
un ala impotente ya,

lentas estatuas,
hordas puntuales de la nada

maurice echeverría

cantan callados los hijos de lo suprimido,
los poetas del polvo
urgente

(mucosas)
(129 lbs.)

Bar (IV)

miel mala

ya no me divierto más
aquí, así

qué mundo de anillos
desesperados en su circularidad,
extraviados en sí mismos

las ventanas
los anteojos
lo abortado,
un reloj

Mujeres gordas insultan

y sirven
 lo usual
y sirven
 lo mismo
y sirven
 de nuevo

voces que son todas

la substancia,
el río fatigado de otra crisis, creo

Creo que he visto hoy

demasiadas
pasiones arruinadas
por los hongos de la lluvia

(Conozco la conducta de las sillas,
y soy adicto a los retretes confinados,
y brillan mis aporías como escamas,
y vagos verdugos me inquietan la noche.)

Las sillas calladas;
el bar no es ya el mito,
ni el lugar de libros y utopías;
me doy cuenta que otros ojos
evitan con vergüenza los míos.

Anexo



Los nigromantes,
también ellos se pudren.

Puedo establecer una realidad
en donde una niña y un señor bailan,
en un pasillo de supermercado;
puedo hablar de la soledad y sus dientes de humo;
crear un paisaje eterno, con grandes objetos
planos y erguidos; o inventar una música
de partículas subatómicas, por decir algo.

Y hablar de veloces
ambulancias testamentarias
que van a lo cardíaco
de todas las avenidas.
O especular sobre un mundo sin seres.
Escribir sobre un hombre
que vende cajas en la memoria.

Pero me aburro en mi tienda de cosas de vidrio.
Me aburro entre las formas.

Lecciones de aborto

I

Corren entre flores morales,
corren como si nada,
corren hacia lo póstumo.

Vidas menudas que recortan lo probable
(en la obesidad del mundo
cabem todas las aberraciones),
y crecen y muerden lo muros
con dientes todavía inexactos.

Somos capaces de colosales humedades,
somos la más grande fábrica de insectos,
nuestra longanimidad es ejemplar.

II

Adentro.
La organización engendra organización:
la sangre dibuja espontáneamente su destino.
Contra la distensión de la materia,
el hombre ensordecido crece.

No hay que engañarse
por su aparente fragilidad:
eso grotesco, eso nimio, eso yerto y calculador,
esa náusea súbita en la oficina es un alma.
Quizá la más grande de las almas.

III

A cabezazos avanzan los gremios de la especie,
los manidos hombres, los amos
de la serosidad reproductiva.

Ya vienen:
habrá que darles tornillos,
para que jueguen en la arena.

No olvidaremos los muertos

De las tumbas, sin duda, seguirán saliendo
brazos y piernas, huesos y balazos inversos,
colocados al revés por una misma relación necesaria
—por un idéntico dolor desvelado.

No olvidaremos los muertos.
Siempre se desplazarán los musgos luminosos
hacia la precisa ubicación, hacia el sitio correcto
en donde residen las coincidencias dolorosas.

¿Cómo olvidarlos?

Si el suelo sigiloso intenta esconder un cuerpo
estallarán los pájaros en el aire.

Si la tremenda ola no trae peces sino cadáveres
nos moriremos de hambre, de disentería.

No; no olvidaremos los muertos:
éstos estarán perpetuamente caminando
delante de nosotros, estrictos,
y sabrán cómo llorar al vernos.

Fugitivo

*¿Cuántas veces tendré que morir
para ser siempre yo?
Sui Generis*

I

He cerrado el cuarto de los juguetes rotos,
he visto ese verano de papel que se quema,
llevo debajo del brazo una máscara de arrugas,
para mostrarla a las muchedumbres.
Para que me crean.

II

Cada arruga lleva su extensión, su escritura
de pájaros y espinas y jueces sucesivos.

III

Huyo hacia la sangre, hacia lo sordo,
y no puedo por un segundo dejar de pensar
en los niños condenados a irse, a no volver,
en esa barbarie de cenizas que nos come los edificios.

IV

Me persigue la sed entera de no estar aquí,
de alejarme de todo eso que ya me espera,
de tanto, de ellos, de todo.

V

El fugitivo, el que huye sin remedio,
con sus nervios de gangrena y olvido,
y sus leprosas tazas de café,
y sus costumbres de muerto.
El fugitivo y sus horizontes
como trampas de tiempo indeclinable.
El fugitivo sabe que de nada
sirven estas manos, tristes manos de humo.
Son manos de muerto demasiado rosado,
de hombre que escarba el futuro y encuentra
nuevamente el mismo musgo de nadie.

Luna enloquecida
escupiendo lluvia
de canas negras.

Remotamente, sin signo, el hombre ha olvidado
el paraíso de orejas, la tierra helada y caliente
que lo recibe, el estómago dulce, el húmedo ataúd
que le da vida y le da muerte.

El mundo se ha roto.
El mundo, bello y terrible, se ha roto.

Poema atrofiado

El niño atrofiado envuelto
por millones de insectos: zumbido
electrónico y grandioso que lo rodea
y lo protege del mundo.

El niño atrofiado sólo puede escribir
lo que puede ver, y sólo puede ver insectos.

¿Por dónde han entrado los insectos, de repente?
Las ventanas sin embargo están cerradas.
Quizán han entrado por alguna fisura
de su infancia. En realidad, no importa.



El niño atrofiado ha encontrado
en algún recodo de la memoria un bisturí o una pistola.
Es todo tan hermoso, se dice, es todo tan hermoso.



La fiesta es grande.
Las mujeres ríen, como burlándose de él.
Los enanos, son ellos los más estrepitosos.



El niño atrofiado
mira vagamente
la serie de imágenes
que surgen y cesan en su cabeza.
Toma una al azar y, quién lo diría,
es una imagen de la casa de su abuela.
De su abuela, en cuya casa se celebraban
reuniones secretas, esotéricas:
un grupo nutrido, selecto;
cerraban la puerta corrediza;
el niño atrofiado se quedaba afuera;
el niño atrofiado imaginaba.



Quizá lo que el niño atrofiado debió hacer más bien
es:
conservar aquella forma de ver el mundo,
y de ese modo marcar las dimensiones,
prohibir que se junten.

Pero su prisa temprana,
por sufrir y morder.



Qué terrible forma de no ser niño,
piensa el niño atrofiado.

Ser niño.
Comer panqueques.

Daría lo que sea
por comer panqueques.
Un sacrificio.
Un holocausto.

Ya sé:
violar
a alguien.

Así que el niño atrofiado
desocupa abruptamente una de las mesas,
y luego agarra con violencia
a la hembra más cercana, una rubia cualquiera,
le arranca la blusa, la agarra del pelo,
un golpe, dos dientes al suelo,
quiero mis panqueques.



Los recuerdos se han acomodado
extrañamente en este instante,
masa de precepciones gritantes,
relámpagos caníbales de conciencia,
reminiscencias sangrando por doquier:

la bicicleta,

el café con leche,

las gradas inefables,
las alucinaciones,
el Mío Cid,
la arena, la desesperación,
y en el clóset: dos niños,
las tanquetas en la calle, Ríos Montt,
los viajes de fin de año,
las mariposas,
la pelota de fútbol,
Raiders of the lost ark,
la primera computadora,
el miedo en noches satánicas,
las revistas porno,
los adultos hablando,
el tae kwon do,
Disney,
los tejados,

la mujer con cáncer,
el disco de Alan Parsons,
la enciclopedia sexual,
Hitchcock,
y mis Preguntas,
y los Fantasmas,
la abuelita Julia,
la pizza, los domingos,
la soledad,
las primas...

La infancia,
esa teodicea,
esa usurpación,
estoy triste.



Al niño atrofiado
ya le han avizorado todos
en la fiesta.

Algunos le tienen miedo, es verdad,
pero están los otros, con la clara intención

de profesarle a nuestro personaje
una golpiza extrema y nobiliaria.

El niño atrofiado está muy tranquilo,
se ha quedado quieto,
sólo tiene un poco de fría en la espalda.

La rubia está llorando,
se tapa como puede llorando,
sale del cuarto llorando.

Aquí el panorama de la situación,
a grandes trazos.

Le saltan encima.
Lo patean.
Lo están matando.

El niño atrofiado ya siente
la verdad pastosa de la sangre
en la boca, y sin embargo ríe,
tiene tremendas ganas de reír,
cuánto ríe, y entre más ríe
más lo detestan, más lo golpean,
unanimidad de golpes,
democracia dolorosa,
homo homini lupus,
y no obstante el niño atrofiado,
el rapsoda de lo oscuro,
el gran acusado,
no puede sentir nada de esto,

el sitio verídico de su angustia
se encuentra en otro lado,
mi mamá, puedo sentir su olor casi,
jugábamos, yo era un avión,
yo era un avión, yo era un avión,
y las mañanas, los panqueques,
los dientes, insubstancial.

A MP

Adentro de un hombre
cabén todas las muecas;
allí todas las pastillas perduran;
las fantasías trepidantes;
las uñas; los retretes de odio.

El hombre tiene eso de experto
en saquear espejos,
y en tardes gloriosas
hunde la mano
en el sol escarlata.
Juega como un niño
con las estructuras misteriosas;
copia a otros hombres oscuros;
fuma.

El hombre:
usa sus dientes como dados
en la grandeza de la noche.
Calienta su alma verde al sol.
Destruye lentas guitarras
en escenarios vacíos.
Toca con extrañeza su piel,
su propia piel.

Se encoge.

Sobrepeso

Los pájaros
engordan de tanto comer
todos esos hombres gordos
reellenos de gordos gusanos
descansando en gordos basureros
y liquidados por otros
significativamente
más delgados que ellos.

Aviones, buques y bicicletas

Es fácil:
sentarse a ver por la ventana
inveterada
a los otros arreglar
el mundo
a tiros,
conservar ante los hechos
una mirada
circunspecta,
hábil y vacía,
verlo todo como se mira
un recuerdo intrascendente,
un espejo,
y un número.
Aviones, buques y bicicletas
cruzan el espacio
que hay enfrente,
formando un teatro complicado,
pero sólo eso.
Qué satisfactorio
resulta contemplar
lo que queda del mundo
y el mundo entero
por la ventana

maurice echeverría

de mi casa,
y así comprobar
que hice bien en no salir,
porque el afuera ya no existe.

Niños gaseosos
buscándose las vértebras.

Nada encuentran.
Nada encuentran
con sus manos de vidrio.

Manos de vidrio oscuro,
que se astillan en la nada,
manos de espasmo,
manos gritantes.

Y sin embargo,
oigo esa guitarra tenue, tierna y trágica,
y me pregunto:
¿lo escucharán esto, los niños?

Canción de cuna

El muñeco de trapo está sucio.
El muñeco de trapo no canta más.

El muñeco de trapo es trapo
sobre todo, y ya no canta más.

Vamos a hacer la cama
del muñeco de trapo,
porque está muy cansado,
muy cansado de fumar.

El muñeco de trapo no se mueve,
ya no quiere ni cantar.

este libro se terminó de
colgar en la red
el 18 de septiembre de 2007
desde un laboratorio con
científico loco y ayudante
en Guate-
mala

